

Heimito von Doderer

Relatos breves y microrrelatos

TRADUCCIÓN DE
ROBERTO BRAVO DE LA VARGA



«Háganse con *Relatos breves y microrrelatos*, una colección de piezas de genio de un autor que, tras beber la hiel de las dos guerras mundiales, ya no pudo dejar de preguntarse qué verdad hay en un ser humano».

Eugenio Fuentes

RETORNO A LA JUVENTUD

Deja que el tiempo se quede como está, no intervengas, se revuelve constantemente y pasa como un torbellino ante tu pensamiento arrastrando consigo los vagos escombros de una forma, los colores y objetos que recuerdas: un cinturón, amarillo y apretado, que ceñía un flamante uniforme de campaña de color verde...

Igual que aquellos muchachos vestidos con guerreras, cuyas mangas dejaban a la vista las manos de un escolar, con las uñas mordisqueadas, manchadas aún por las peculiares travesuras que habían hecho debajo del pupitre, como, por ejemplo, rellenar de tinta proyectiles modelados con plastilina...

No es lo que se ha mencionado ni nada de lo que conocemos lo que más nos conmueve cuando lo vemos surgir de nuevo de la corriente del tiempo que pasa, que se aleja de nosotros buscando remotas orillas; no es esa experiencia, no es aquella anécdota, no es desde luego el amor declarado o la gran batalla con todo su fragor, no es nada que se pueda señalar o que alguien pueda reclamar para sí.

Lo que ha permanecido intacto, eso es, ése es el tesoro que reposa en el pasado, el tesoro ignorado que jamás tocamos, que jamás nos hemos dignado mirar y, por eso, se ha conservado íntegro, como entonces, sin que nadie lo sepa.

Y ahora, de repente, el recuerdo fluye y se condensa en espesas nubes que cubren nuestra frente, a izquierda y derecha; entre ellas —¡con colores increíblemente nítidos, que

jamás podrían darse en el exterior!— se acerca casi hasta tocarnos un fragmento de otro tiempo, sumamente modesto, pero tan luminoso que arde inflamado en llamas.

El 21 de septiembre de 1920 me desperté poco después de las siete de la mañana en una habitación que había cambiado y que me resultaba extraña y enteramente nueva. Arrastraba entonces una pesada carga de vivencias que llegaba hasta más allá de los Urales y se internaba en las estepas del norte de Kirguistán, que había recorrido con unos cuantos camaradas con los que había huido de Rusia y regresado a casa; en aquel entonces no hacía tanto que me encontraba de nuevo en Europa. Esa mañana, cuya fecha coincidía con el comienzo de la escuela —¡en su momento tan importante!—, me animó a arreglarme rápidamente. Pronto estaba junto a la ventana, con unos cuantos cuadernos bajo el brazo, viendo la peregrinación que emprendían cada día los estudiantes, grandes y pequeños, revoltosos y obedientes, todos con sus carteras o sus hatillos de libros. Sin pensarlo dos veces (fiado de que entonces aún tenía un aspecto juvenil), bajé corriendo y al instante me encontré andando yo también en dirección al instituto. El camino a clase aquella mañana de otoño soleada y húmeda, en medio de otros que iban en la misma dirección, no me ofreció más que casas, jardines y cielo abierto; todo quedaba ahí fuera, sin dejar nada en mi interior (y no era poco lo que había esperado). En la escalera de la escuela, antes de llegar a la segunda planta, el tercer peldaño contando desde arriba seguía estando algo roto por una parte (tengo que decir que de momento no me sentía en absoluto acobardado; nada de eso). El aula de octavo A. Unos veinte compañeros.

—Me llamo Stangler, he llegado ahora mismo y el director me ha dicho que debo incorporarme a esta clase, antes estaba en Kremsmünster... ¿Qué asignaturas tocan hoy?

—Latín, historia, matemáticas...

—¿Cómo se llaman los profes?

Así fue como me enteré de que ese día ninguno de mis antiguos profesores iba a pasar por allí, de modo que nadie me reconocería... ¡Todo iba saliendo a las mil maravillas!

—¡Hoy tenemos que leer la *Germania* de Tácito!

Suena el timbre.

El profesor entra.

Se guarda un moderado silencio, los chicos se levantan.

—Perdone, señor profesor, un nuevo alumno...

—Salga usted.

—¿Así que el señor director le ha pedido que se incorpore a esta clase? Bueno, está bien, si el otro grupo está completo, tendrá que ser así naturalmente.

Nombre, edad («dieciocho años»).

—¿Qué notas ha obtenido en latín y griego en Kremsmünster? Bueno, eso ya lo veremos. Siéntese —dijo, mientras añadía una nueva entrada en su cuadernillo.

¡Muy bien! ¡Sólo había de seguir así! Traté de convencerme con todas mis fuerzas de que iba a ser una mañana «deliciosa», tuve que obligarme a creer en ello, pues de otro modo me habría quedado bloqueado, en una situación más que embarazosa. Incluso acerté a responder cuando me preguntaron por el primer valor que tuvo la palabra *sinus* (el término se utilizó originalmente para referirse al pliegue de la toga, luego pasó a significar arco o cualquier recodo en general, también el que forma el mar en una bahía...). El antiguo bedel, al que yo conocía perfectamente, entró para dar un recado al profesor... Me agazapé de inmediato debajo del pupitre, por lo que fui reprendido.

Media hora más tarde dio la casualidad de que el director entró en el aula (un hombre nuevo, al que yo no conocía). El profesor le preguntó por mí.

—¡No he visto a esta persona en mi vida! —dijo el anciano caballero cuando me levanté del banco.

Mi embuste saltó por los aires y me invitaron cortésmente a marcharme de allí en medio del alborozo de la clase.

Eso fue todo.

Por la tarde me adentré en el Prater, observé al fondo los lejanos destellos del sol allí donde el canal del Danubio, orlado de fábricas, traza una curva; las hojas caídas crujían bajo mis pies; los troncos lisos, de color negro, que se alzaban a lo lejos, se ofrecían a mi vista como si fueran las teclas de un piano; la fronda se agotaba en sí misma; más adelante se vislumbraba el tímido centelleo del agua. Después de aquella mañana, en la que se habían frustrado mis expectativas de vivir nuevas experiencias, tampoco me quedaba humor para abrimme a recuerdos de ningún tipo y, lo que es más importante, ya hacía mucho que había abandonado tal propósito, de manera que pude gozar plenamente de la dicha de estar allí. En el bosque rojizo, entresacado, se abrían entonces amplias sendas cubiertas de hierba que se deslizaban libremente perdiéndose en una infinita lejanía; detrás, al otro lado del canal, se perfilaba la irregular silueta de la ciudad. En medio de la pradera había un grupo de abetos rojos, cerrado como una habitación, el suelo liso, cubierto por las agujas de las coníferas. El sol lucía con fuerza, en toda su plenitud, y después de calentar durante todo el día había conseguido disipar la humedad propia del otoño que se acumulaba ahora en el suelo; el ambiente estaba seco y la temperatura era agradable. Vi cerca de mí una raíz descarnada, junto al tronco de un pino silvestre, algo más grueso que los demás, y decidí descansar allí recostándome sobre él. Saqué del bolsillo el periódico doblado, que me molestaba para sentarme, y lo coloqué a mi lado bajo el sol. Entonces miré por encima del papel blanco hacia el otro lado, en dirección al canal, una lámina de agua que temblaba ligeramente con las olas y corría por allí fuera haciendo que el entorno se volviera blando y plástico, y no se alzara ya rígido frente a mí, suspendido en el tiempo; al contrario, estaba deshaciéndose...

Veo nubes que fluyen a izquierda y derecha, entre ellas se acerca casi hasta tocarme cierta mañana, con unos colo-

res increíblemente nítidos, que jamás podrían darse en el exterior, mi mañana de escuela, la que en otro tiempo había pasado en este mismo árbol haciendo «novillos», recostado bajo el sol; a mi izquierda tenía unas cuantas partituras blancas, refulgentes, que me habían servido para disfrutar de un poco de música.

Pero de esto no me di cuenta entonces, sino luego, cuando el incendio de la tarde ya se extinguía y quedaba reducido a una pequeña hoguera de color rojo oscuro al otro lado del canal.

EL GOLFO DE NÁPOLES

En última instancia, lo que impulsó a Victorin a bajarse de la cola de aquel tren en el golfo de Nápoles sin que nadie lo advirtiese, justo en el momento en el que ya reemprendía la marcha, es un enigma. Con todo, ya hacía algún tiempo que se daban las condiciones para que tuviera arranques de este tipo, decisiones espontáneas, más o menos descabelladas, a las que no eran ajenos ni su musculatura ni sus nervios, pues está claro que sin ellos no se habrían producido. Siempre que nos sentimos mal, que notamos un vacío dentro de nuestra piel, nos esforzamos por encontrar fuera algún estímulo que nos permita recuperar la vitalidad que nos falta; parece evidente que al actuar así quedamos a merced de la casualidad más ciega, que en la mayoría de los casos no trae consigo más que el mismo vacío que pretendíamos llenar. Eso es precisamente lo que le había sucedido a Victorin en la gran ciudad de P., donde se había dejado engatusar por el anuncio de un «Parque de atracciones» y, sin haberlo previsto, se encontró de pronto en medio de tiovivos que giraban, máquinas estruendosas, muchachas que gritaban y una nube de densos olores procedentes de una cervecería cercana; en suma, en medio de una feria. Un estridente organillo mecánico destacaba por encima del resto, su sonido conseguía captar la atención de todo el que pasaba por allí, también la de Victorin, que, sin darse cuenta, se unió al tropel de gente, de momento sólo para satisfacer su curiosidad. Se encontraban ante algo verdaderamente grandioso. En aquel lugar se acumulaba todo

lo que podía despertar el horror en el trastornado cerebro de un pequeño burgués, una explosión, si se puede decir así, que se concentraba en una especie de panóptico, un escenario abierto, amplio y bien iluminado, en torno al cual se congregaba numeroso público. «El tren de la gruta» o, como también se le conocía, «El tren del dragón», una atracción algo anticuada, pero que, a pesar de todo, no dejaba de causar su efecto. De un extremo del túnel salía justo entonces, iluminado con luces rojas y verdes y dando sacudidas por la fuerza del motor eléctrico que le habían instalado, el dragón que arrastraba detrás de sí unos cuantos vagones que se deslizaban sobre raíles. El tren se detuvo en la rampa. ¡Por fin el cuadro se había completado! Por las paredes de la gigantesca gruta repleta de estalactitas descendían arrastrándose, pintados y también en forma de figuras de escayola, abominables dragones, que se entrelazaban unos con otros. Filas de esqueletos movidos por algún mecanismo se alejaban hacia el fondo, atravesando tenebrosas arcadas, sobre las que se veían volar espectros y fantasmas pálidamente iluminados, que salían huyendo a toda prisa en dirección opuesta. Por todas partes había calaveras y murciélagos revoloteando: estaba claro que no habían ahorrado en esta curiosa decoración. Si uno miraba a la derecha por encima de las cruces del cementerio, alcanzaba a ver el reino de los espíritus, mientras que por la izquierda, envueltas en un resplandor rojizo, del mismo color que la sangre, se distinguían las puertas del infierno, donde un grupo de autómatas caracterizados como diablos martirizaban con unas tenazas a una pobre alma ataviada con vestiduras blancas, haciendo una y otra vez el mismo movimiento, un giro mecánico, que arrancaba de forma brusca y acababa indefectiblemente en un punto muy concreto de aquel cuerpo fingido, mientras otros removían con gesto serio un caldero que seguramente contendría pez, siempre con la misma cadencia, así por toda la eternidad.

Por los altavoces sonaba además la obertura de la ópera *La chica bohemia*, de Balfe, con una potencia tremenda.

Los pasajeros abandonaron inmediatamente el tren y descendieron por los escalones. En sus rostros se veía la expresión que muestran todas las personas adultas cuando abandonan una atracción de feria: es como si cogiéramos la cabeza de un niño y le quitásemos la piel; se parecen a larvas recién salidas de la crisálida, pero, como no quieren que se les note, hacen como si se lo hubieran pasado bomba.

A pesar de todo, Victorin decidió subir. Pronto aquel mundo subterráneo, por llamarlo de algún modo —pues la impresión que uno tenía era la de viajar por el interior de pasadizos excavados en la tierra, de ahí la estrechez, las tinieblas, los ruidos y el eco que éstos producían—, reveló sus secretos y sus encantos. Apareció la Garganta del Lobo, según se describe en *El cazador furtivo*, una visión escalofriante que superaba todo lo que había contemplado hasta el momento, ya que aquí los esqueletos no sólo volaban por los aires, sino que además estaban acompañados por los de los animales. El tren del dragón se detenía unos instantes delante de cada escenario. El siguiente podría haberse titulado «El fondo del mar»; en él un buzo con una admirable sangre fría apuñalaba a un monstruo marino con multitud de brazos, hundiendo su cuchillo en el cuerpo del animal y retirándolo inmediatamente después, siempre con el mismo movimiento. A continuación pasaron por delante de «Blancanieves y los siete enanitos», un cuadro bastante más amable. Por fin llegó «El golfo de Nápoles», y aquí fue donde Victorin se bajó sin que nadie lo notase.

Los últimos vagones, que iban vacíos, se alejaron deslizando sobre los raíles y no tardaron en perderse en un recodo; en ese mismo instante, la luz que iluminaba la escena, seguramente automática, se volvió mortecina. Victorin se quedó atrás, de pie, solo y abandonado entre las estrechas vías de aquel inframundo. Estuvo un rato observan-

do el golfo que se abría ante él; momentos antes presentaba un aspecto radiante, con un color azul intenso, orlado de casitas, en cuyas ventanas resplandecía el sol; ahora, sin embargo, parecía envuelto en el crepúsculo del atardecer. Aunque a la maqueta no le faltaba encanto, Victorin frunció el ceño. La estancia olía a cerrado, a aceite lubricante, a cartón y a engrudo. Era un ambiente denso, enrarecido, cualquier cosa menos acorde con lo que se representaba en aquel lugar. Aún se oía el rumor de las ruedas del tren más o menos cerca. De repente, el pánico se apoderó de Victorin. Se quedó escuchando y le pareció que un nuevo tren se aproximaba. Desde luego, por lo que había visto antes, existían varios dragones que funcionaban como locomotoras. El carril por el que circulaban los trenes era bastante estrecho y reducido, ofrecía el espacio justo para el monstruo y los pequeños vagones, los pasadizos eran extremadamente angostos, así que ¿adónde podría ir? ¿Habría de apostarse en algún punto del golfo de Nápoles como un añadido no deseado, llamativo y tal vez incluso ridículo en medio del panorama que el cuadro ofrecía?

Lejos, al final del túnel, que discurría en línea recta durante un largo trecho hasta llegar a un recodo, apareció una luz. Victorin pasó del miedo al enfado, se sentía furioso consigo mismo. Se subió al borde del escenario, caminó a toda prisa a lo largo de él y, en un abrir y cerrar de ojos, consiguió llegar al otro lado del cuadro. Allí, se quedó sorprendido al notar que la superficie que estaba tanteando con la mano cedía a su presión. Al momento se abrió lo que parecía ser una pequeña puerta. En un instante, en lugar de estar en el golfo de Nápoles, se encontraba detrás de él. Ni siquiera había tenido tiempo de tomar aliento cuando las luces iluminaron de nuevo el escenario: el tren se iba acercando. La claridad que se filtraba a través de las bambalinas permitió que Victorin examinase el lugar donde se hallaba: un aposento de dimensiones difíciles de determinar, lleno de todo tipo de cachivaches.

Afortunadamente, se acordó de la linterna eléctrica que llevaba en el bolsillo para iluminar los escalones siempre que salía por la noche, ya que, al instante siguiente, el golfo volvió a sumirse en la oscuridad. Gracias al resplandor del pequeño cono de luz, Victorin avanzó con decisión, embargado por sentimientos cambiantes, todos angustiosos, siempre adelante, tropezando de vez en cuando. Dobló dos esquinas —en todas partes olía a polvo— y, de repente, se vio en un espacio parcamente iluminado frente a una mujer joven que se levantó de un salto y retrocedió muy asustada.

—¿Quién es usted?! ¡¿Qué quiere?! —exclamó la muchacha.

—Discúlpeme —dijo Victorin, que creía estar ante una de las empleadas del dueño de la atracción y por ello se vio obligado a adoptar el papel de quien ha sido sorprendido *in fraganti*—. Cometí la estupidez de bajarme del tren en mitad del recorrido, sólo por divertirme un poco... ¡Y ahora me veo en este trance tan embarazoso! ¿Cómo puedo salir de aquí? En realidad, no sé por qué lo hice, actué sin pensar.

—Muy cierto, sin pensar —respondió ella y, mientras se echaba a reír, su hermoso rostro, algo rudo, se contrajo con una mueca nada agradable.

Se recogió el cabello atándolo con un pañuelo de color rojo que llevaba alrededor del cuello.

—¿Tendría la amabilidad de indicarme cómo puedo salir de aquí? —insistió Victorin.

La muchacha guardó silencio. Aunque disimulaba, no dejó de examinarlo con atención de pies a cabeza. Una pequeña arruga surcaba la base de su nariz. Victorin miró discretamente a su alrededor. En aquel entorno de aspecto fantástico, no se le escaparon ciertas huellas que apuntaban a que alguien había estado viviendo allí, en lo que se podría definir como una especie de campamento: innumerables botellas vacías, latas de conserva... Además, se

veían colchones, colchas y una mesa improvisada con una puerta. Al fondo se apilaban montones de objetos de lo más variopinto: decorados pintados, bambalinas, muñecos de tamaño natural, uno de los cuales lucía una magnífica barba larga y blanca, y llevaba una corona de oro sobre la cabeza.

—Dígame lo que quiere y cómo ha sabido que estamos aquí —dijo entonces la muchacha sin apartar los ojos de las manos de Victorin—. Si lo hace, puede que le permita salir —añadió luego, mientras perdía poco a poco parte de la seguridad con la que había actuado hasta ese momento.

Sin embargo, el desconcierto de Victorin había ido en aumento y ya era algo manifiesto, una evidencia que no se podía negar, estaba muy claro que aquel visitante, además de inesperado, era completamente inofensivo. La muchacha volvió a reírse, esta vez de forma más amable.

«¿Ha dicho “estamos”? ¿De modo que no está sola?», iba a preguntar Victorin, cuando fuera, en el golfo de Nápoles, se escuchó un nuevo tren que se acercaba rodando.

Esta circunstancia pareció infundir de repente un inexplicable temor en la desconocida. Se volvió y echó un rápido vistazo a la esfera de un reloj de bolsillo bastante corriente, hecho de hojalata, que colgaba a su espalda de una punta que habían clavado en el marco de la bambalina más próxima.

—¡Vamos, rápido! —exclamó ella con un tono de voz en el que se traslucía una preocupación casi maternal—. Tiene que marcharse ahora mismo. ¡Venga! No le queda otro remedio... Tiene que volver a subir en «El Polo Norte» sin que nadie se dé cuenta, saltando al último vagón...

Sin dejar de hablar, lo sacó de allí a empujones y se lo llevó consigo, mientras al fondo, detrás de ellos, iba creciendo el ruido que hacía el tren al acercarse. Atravesaron otros dos almacenes llenos de trastos, doblaron cuatro esquinas y entonces volvieron a ver el pálido resplandor de la luz que se filtraba a través de las bambalinas de un nuevo

escenario. Victorin estaba confuso y seguía las indicaciones de la muchacha sin oponer resistencia. Al cabo de un rato escucharon un tren que se iba aproximando desde el extremo opuesto. «El Polo Norte» apareció bajo una luz blanca y clara. Victorin estaba preparado para saltar, pero justo entonces oyó detrás de sí unas voces ahogadas que parecían discutir agitadamente por algo. Una era la voz de la muchacha, a la que respondía la de un hombre furioso e indignado. El tren del dragón se había detenido delante de «El Polo Norte». Cuando volvía a iniciar la marcha, Victorin oyó unos pasos rápidos, pesados, que resonaban en el vacío y se acercaban por detrás de él. La intensidad de los focos fue disminuyendo y todo quedó envuelto en una luz mortecina. Victorin, cuyo corazón había empezado a palpitar con fuerza, aprovechó para deslizarse por la puerta falsa que daba acceso al escenario. Ya estaba fuera cuando notó detrás de sí una sacudida y creyó sentir una mano que lo agarraba. Tomó impulso y dio un salto para subirse al último vagón del tren, que ya estaba doblando por un recodo. El miedo le dio alas y, sin que nadie lo notase, se sentó en la parte de atrás, mientras el dragón atravesaba los tenebrosos pasadizos con creciente velocidad. Poco después salía al aire libre, donde fue recibido con la obertura de la ópera *Zampa*, cuya furiosa percusión atronaba en ese momento por los altavoces. Los esqueletos se movían, los espíritus flotaban, los diablos martirizaban a las pobres almas con sus tenazas y seguían removiendo calderos de pez eternamente, por las paredes bajaban arrastrándose los dragones y el público lo observaba todo con curiosidad. Pasó bastante tiempo antes de que Victorin echara en falta su reloj de bolsillo, un reloj de hojalata, que carecía de valor, porque además ya no funcionaba. Se le había caído el día anterior.

EN EL LABERINTO

La excursión al Prater con Pauline había empezado bien. La verdad es que René no tenía ni idea de en qué punto se encontraba con ella, y en más de una ocasión le había parecido que lo único que buscaba la joven era divertirse montando en el tiovivo, como le había dado a entender la víspera, cuando manifestó su alegría ante la perspectiva de volver al Wurstelprater —los vieneses también lo conocen como Volksprater, un famoso parque donde cada tarde es posible disfrutar de una animada verbena— por el mero hecho de salir de fiesta y no por tener una cita con él. En la montaña rusa pudo sentir el calor de la muchacha que se pegaba a su cuerpo, las curvas cerradas hacían que su encantadora persona se apretara a él aún con más fuerza, pero ni siquiera entonces pudo distinguir si aquella sensación se debía a los burdos efectos de la fuerza centrífuga o si, por el contrario, había que ver en ella los posibles indicios de algo más personal. Al final se olvidó de todo y, dejando los escauceos amorosos aparte, disfrutó de uno de esos dorados momentos de felicidad que nos ofrece la vida y son para nosotros como la hora del recreo para un colegial, momentos que, aunque nos cueste creerlo, surgen realmente, aunque sea de tarde en tarde, cuando un tren cargado de preocupaciones se retrasa por cualquier motivo y no llega a engancharse al tren rápido de las malas noticias con el que habría tenido que conectar.

El mes de mayo se dejaba ver en cada nueva hoja que brotaba, claro como la luz de sus días y, sin embargo, mis-